



NUM. 49.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos 42 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 9 DE DICIEMBRE DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

## REVISTA DE LA SEMANA.



ace tiempo que en la capital del vecino imperio menudean los consejos de ministros, con el doble motivo de la reorganización del ejército, y el viaje de la emperatriz á Roma, que tan pronto se da por definitivamente resuelto, como aplazado. Creen unos,

que la presencia de la emperatriz en la capital del orbe católico en la época del regreso de las tropas francesas á su país, será una garantía de seguridad para el Santo Padre: dudan otros de que el gobierno pontificio considere este acto bajo el mismo punto de vista. Semejante diversidad de pareceres en los hombres llamados á resolver la cuestión, cuya importancia no es posible desconocer, viene, por su parte, á aumentar los temores que abrigan algunos acerca de lo que sucederá cuando las tropas francesas hayan evacuado la ciudad eterna, sin que basten á disiparlos los documentos que sobre el particular conocemos del gobierno de Florencia. Que es general el presentimiento de graves sucesos, lo indica bastante la circunstancia de que casi todos los pabellones europeos flotan en el puerto de Civita Vecchia, y la llegada á Roma de representantes diplomáticos y célebres personajes políticos de varios países.

La *Gaceta oficial* de Florencia convoca al Parlamento italiano para el 15 del presente mes.

Notábase cierta inquietud en Londres antes de la manifestación reformista de los trabajadores, que al fin se verificó sin desorden, y que en otras circunstancias no tendría la gravedad que en las presentes, atendiendo á que hay en aquella populosa capital, unos 270,000

obreros sin ocupación en que emplear sus brazos. Los rumores de un próximo desembarco de Stephens, jefe de los fenianos, en Irlanda, no cesan. Ultimamente se han hecho en Dublin algunas prisiones de individuos afiliados en el fenianismo, siendo también puestos en estado de sitio la ciudad y el condado de Limerick. Lo peregrino del caso es, que á pesar de aquellos rumores y de otros de inminentes trastornos, la prensa de Londres publique los decretos expedidos por el jefe militar del fenianismo, S. P. Spear, organizando las fuerzas, como si procediesen de un gobierno legalmente constituido.

La lucha de los candiotas y los turcos renace á menudo como una de esas fiebres intermitentes mal combatidas ó descuidadas. Un despacho del 24, fechado en Korfú, dice que Koroneos y Korata han batido á los turcos, e y las pérdidas suben á tres mil muertos y dos mil prisioneros, y que los insurrectos han obtenido una gran victoria en Askyplos; otro despacho del 28, fechado en París, desmiente las anteriores noticias, fundándose en que son de origen griego; pero la verdad de que hay algo sin duda, está en el pozo donde esta buena señora suele tener su residencia habitual. La verdad es la cuestión de Oriente que, aunque no aparezca á flor de agua, desde el fondo hace oír de vez en cuando su voz, diciendo: «aquí estoy.»

Nuestros negocios con Chile y el Perú, siguen presentando un aspecto favorable á la paz. Es opinión general que las bases están aceptadas, y se espera que el arreglo de relaciones entre las partes beligerantes será en breve un hecho consumado.

La vuelta de Maximiliano á Méjico, si ha de darse crédito á la manera cómo se ha anunciado, primero por el *Herald* de Nueva-York, y después por los periódicos de Europa, no deja de ser original. Parece que el mariscal Bazaine, había mandado al comandante general de Vera-cruz impedir el embarque del emperador en la fragata austriaca *Dandolo*, verificándolo así, y declarando, además, á éste, que si no renunciaba á su proyecto de partida sería arrestado. Un poco fuerte se nos hace la orden, tanto más procediendo de un simple militar; así como comprenderíamos perfectamente que todo el pueblo mejicano obligase á aquel príncipe á reinar por fuerza; que esto ya se vió en España cuando la elección de Wamba; pero, en fin, los franceses tienen su modo propio de matar pulgas, como dice el refrán, y es muy posible que, contra viento y ma-

rea, obliguen á Maximiliano á continuar en su puesto, con tanta repugnancia aceptado por él. La situación del imperio no puede ser más triste, y cualquiera que sea el desenlace de la comedia que allí se representa, ha de tener, si Dios no pone remedio, peripecias trágicas, por ser aquello un hervidero de pasiones que antes habrán menester los auxilios de la cirugía operatoria que los calmantes de la medicina. Háblase de la formación de un gobierno provisional, en caso de que Maximiliano abdique, añadiéndose que, entre tanto, las tropas francesas permanecerán allí, y que, si el pabellón francés no fuese respetado, el gobierno de esta nación haría un gran escarmiento en el país, antes de abandonarlo.

El *Courrier des Etats-Unis*, periódico francés que se publica en Nueva-York, describe la elección del alcalde de Grimsby, que por lo curiosa merece consignarse. El día designado por la ley, se reúnen todos los electores en la iglesia y escogen tres de los primeros contribuyentes para la candidatura de la presidencia del Consejo municipal, y un asno de primer orden, ó como si dijéramos, un eminente asno que, en el acto de que se trata, desempeña casi el papel de protagonista: cada uno de los candidatos, con los ojos previamente vendados, lleva sujeto á la espalda un haz de forraje; déjase libre al interesante cuadrúpedo, y como se le ha tenido en ayuno riguroso durante mucho tiempo, es natural que desee alimentarse: el candidato cuyo haz es engullido el primero, queda *ipso facto* declarado alcalde por un año. Esta costumbre, si bien se examina, no deja de tener su enseñanza, y profunda: enseña, cuando menos, que allí hasta los asnos comprenden mejor ciertos derechos que los ciudadanos de otros países, y además, que en tan importante acto son imposibles el cohecho y las intrigas, á no suponerlos dotados (á los asnos) primero, de una inteligencia que no suele ser común en los de esta parte del mundo, y después de una debilidad, ó si se quiere, de un escepticismo fácil de vencer con promesas ó dádivas que satisfagan las necesidades de su estómago. Recomendamos el asunto á los fabulistas, cuyo ingenio quizá encuentre más deducciones morales que las apuntadas.

A siete asciende ya en París el número de los puestos donde se despacha carne de caballo, y á unos veinte mil los kilogramos que se venden por semana, ó sea, á un millón de kilogramos anuales. Esta carne, como la

de la cria de tiburones, no paga derechos de puertas: y tiene sobre la de vaca, segun dicen, además de la ventaja espresada, la de ser mas nutritiva que ella. A los embutidos de carne de caballo se le añade una mitad de carne de cerdo. Los elogios que se hacen de ella, de su sopa y de su caldo, de los establecimientos donde se vende, de la esquisita inspeccion de los caballos que han de servir para el consumo, del aseo de las carnicerías y de las personas á cuyo cargo corre este comercio, son otros tantos estímulos que á mas de cuatro glotonos les habrán llenado de agua la boca. Por de pronto, y hasta que se haya acreditado la bondad de la tal sustancia alimenticia, no será malo que haya ojo, mucho ojo, con la que por acá se pone al público.

La *Gaceta de Madrid* inserta la circular que el baron Taylor, fundador de varias asociaciones benéficas de Francia, y entre otras, de la de literatos, ha dirigido á los presidentes y directores de los orfeones y sociedades corales é instrumentales de su nacion y extranjeras, invitándolas á que acudan á celebrar la exposicion de las maravillas de la industria y de la ciencia, en el campo de Marte, testigo eterno de las fiestas populares de Francia, y actualmente espléndido tribunal de la civilizacion y del progreso. Los productos de estos conciertos fraternales ingresarán en la caja de las asociaciones que, como arriba indicamos, ha fundado aquel personaje, digno por tantos títulos de las mayores alabanzas. Con pena lo decimos: nuestra patria, que suele ser el mono del vecino imperio en esto de imitar todas sus frivolidades, no se cuidará de seguir el ejemplo de lo bueno que pudiera aprovechar: no vemos en los escritores mas, si acaso, que deseos de mejorar su suerte, ni tenemos noticia de que haya un baron Taylor que quiera immortalizar su nombre, constituyéndose en protector de la clase literaria, para lo cual quizá lo que menos se necesite sea el sacrificio de intereses pecuniarios.

Se estrenó en el Príncipe con buen éxito el drama del señor Pinedo *Quien siembra vientos...*, y habrán empezado, en el Real, los ensayos de las *Visperas sicilianas*, el *Fausto* y el *Barbero*. En la tarde del 2 se ejecutaron en el Conservatorio, por la sociedad de cuartetos, ante un numeroso público de *amateurs*, un terceto de Beethoven, una sonata de Mozart y un cuarteto de Haydn, que fueron con justicia aplaudidos y repetidas á petición de la concurrencia. Creemos que los excelentes artistas que componen la sociedad son dignos de obtener el resultado á que es acreedor su mérito, y mas en la corte de un pueblo civilizado y culto. Los naturales de Heway, isla de la Oceanía, donde no se conoce el dinero, pagaron no há mucho el concierto que dió allí una compañía de artistas americanos, en las especies siguientes: 78 cerdos, 98 pavos, 116 gallinas, 16,000 cocos, 5,700 piñas, 418 cestos de plátanos, 600 limones y 2,700 naranjas. Escritor hay (no sabemos si músicos tambien) que si le pagaran la navegacion seria capaz de plantarse, no decimos en aquella isla, sino en la mas salvaje del mundo, por la vigésima parte de la suma que representan aquellos productos, en cambio de arrobas de manuscritos condenados probablemente á ver solo la luz privada, por falta unas veces de empresas y otras de público, ó de las dos cosas á un tiempo. Sin embargo, no hay que desesperar del remedio: todo ello se irá creando, sino rápida, lentamente: si para despertar la afición á las letras y á las ciencias es necesario el estímulo, nosotros nos creemos en el deber de anunciar que acaso de ninguna manera pueda conseguirse como asistiendo al COLEGIO INTERNACIONAL, en donde noches pasadas nos tuvieron encantados por espacio de dos horas con su maravillosa erudicion, y con la magia de su palabra los jóvenes profesores Giner y Fernandez Gimenez que explicaron, respectivamente, literatura y bellas artes ante un auditorio entre quienes se contaban personas tan distinguidas y competentes como los señores Moreno Nieto, Salmeron, Maranges, Moret, Alarcon, Castro Serrano, Azcárate, Fernandez y Gonzalez (don Francisco), Amador de los Rios y Lafuente Alcántara. Puede asegurarse desde luego que el COLEGIO INTERNACIONAL se encuentra, asi por el profesorado como por su bien entendida organizacion y el público que acude á sus conferencias, á la altura de las sociedades de esta índole que tan admiradas y favorecidas se ven en otras capitales de Europa. Recomendamos ésta muy particularmente á los escritores y artistas.

Por la revista y la parte no firmada de este número,  
VENTURA RUIZ AGUILERA.

## ESTADO DE LA ECONOMIA POLITICA

DESDE EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO HASTA NUESTROS DIAS.

### I.

El fausto y ostentacion de los Estados, y el lujo y corrupcion de los particulares, ha sido y es la ruina de los pueblos, y para curar esa enfermedad contagiosa de todas las edades y de todos los paises, es preciso conocer y estudiar muy á fondo la historia de la humanidad, para saber la causa del mal, origen de todas

nuestras desgracias presentes y futuras, si el hombre no es dócil á lo que una costosa esperiencia le ha enseñado.

Al finalizar el primero de nuestros artículos anteriores sobre el *Estado de la Economia política hasta el nacimiento de Jesucristo* (1), dijimos que la suntuosidad y estado brillante de las artes en Persia y Egipto en los períodos de su apogeo, nos probaban que el mundo entraba en una nueva senda que debia irse ensanchando á medida que se acercase á Grecia y Roma para que el cristianismo armonizara la severidad y sencillez hebrea, con la vida ostentosa de los pueblos paganos que se someterian á él. Esta ha sido la tendencia de la ciencia, efectivamente; este el pensamiento del cristianismo; pero con sentimiento tenemos que confesar que las conquistas de una y otro en el terreno práctico, han sido bien efímeras. ¿Será porque la teoría y la práctica sean discordes? ¿Será que la teoría, como fundada en especulaciones abstractas, es imposible cuando desciende á casos concretos? No: la ciencia es una, y dejaría de serlo si la teoría enseñase una cosa irrealizable; lo que sucede es que las pasiones humanas se oponen al completo desarrollo de la doctrina.

Muchas veces hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo, que el Oriente se vengó del Occidente introduciendo en él el virus de su opulenta indolencia, y tan cierto es esto, que desde Salomon, que empeñó las rentas de sus principales provincias, hasta los tratados internacionales de nuestros tiempos, en que se sacrifica en muchos de ellos á los pueblos de una manera inaudita, siempre se descubre en esas ruinosas disposiciones, que á pasar de las épocas, guerras, revoluciones y adelantos científicos, la opresion y el olvido de los principios económicos han sido la única causa y la explicacion de que hayan llegado á ser un hecho consumado y legal.

En aquellos remotos tiempos en que la tiranía era la única razon de Estado, se comprendia que los monarcas á quienes la ignorancia y la supersticion rodeaban con la autoridad y prestigio del mando político y religioso, obrasen segun les parecia, tanto mas, cuanto que las leyes de la guerra sujetaban de tal modo á los vencidos, que los ponian á completa disposicion del vencedor; pero hoy, que han cambiado las costumbres y las leyes, hoy, que domina en la legislacion un principio diametralmente opuesto, son un antagonismo muchas de las cosas que observamos, teniendo solo razon de ser por el olvido de los preceptos morales, enseñados por el cristianismo, y vamos á probarlo trazando á grandes rasgos la segunda parte de la historia de la Economia política.

Todo va tan armónico en la marcha de los acontecimientos, que todos ellos son resultado lógico y necesario de los que les precedieron; enseñándonos, por consiguiente, el estudio de la naturaleza, que iguales causas producen siempre los mismos resultados, aun cuando puedan variar los fenómenos bajo los cuales se manifiesten. Asi vemos, que en los 4,004 años que precedieron á la venida del Mesias, como el mundo se gobernó por un sistema riguroso y tiránico que combatieron los profetas de Israel y los letrados y reyes moralistas de la China, era de esperar que en el órden económico no atendiesen los magnates mas que á buscar los medios de sostener el lujo y fastuosa magnificencia de aquellas cortes que han llenado muchas páginas de la historia con la descripcion de sus soberbias construcciones y asombrosas fiestas, que en Grecia como en Roma hallaron dóciles encomiadores, pues los senados como los reyes, todos tuvieron cortesanos que adularon los actos del poder, fuera la que quisiera la potestad de que emanaran.

Por eso vemos despreciada la agricultura, que fue siempre estimada y ennoblecida en la infancia ó estado modesto y sencillo de los pueblos, que, agradecidos á los inmensos beneficios que les proporcionaba, la adoraron como madre cariñosa y la honraron como poder bienhechor. Pero cuando el deseo de estension y la ambicion de mando y poderío emplearon ya otros medios para trastornar la sociedad, la agricultura y la virtud se vieron desterradas de la tierra, y á los dulces tañidos de la flauta, sustituyeron los estridentes sonidos del clarín, y al balido de las ovejas los relinchos de los fogosos caballos ó los mugidos de los vigorosos toros, que uncidos al carro de la victoria, hollaban el suelo empapado en sangre en que pocos años antes abrieran el surco.

De esta trasformacion tan radical, habia de surgir precisamente una época de transicion violenta y terrible para la gran masa de las poblaciones, que tiene necesariamente que ser productora para cubrir con su trabajo y capitales las cargas del Estado, el cual hasta la época en que el cristianismo estableció los gobiernos mistos, fue tiránico, por mas que algunas veces se adornase con el espíritu de república; nombre malamente aplicado á una forma determinada de gobierno, porque si los romanos la emplearon para designar la cosa pública ó interés público, éste fue siempre el punto subjetivo y objetivo á la vez de las grandes tiranías de

(1) Véanse nuestros números 19, 20 y 21 de los días 15, 20 y 27 de mayo último.

Oriente representadas á la perfeccion en Semíramis, Sesostris y Darío, por mas que en ellas fuese desconocida la palabra *derecho* y solo reconocido el *deber*; ley injusta, propia de un poder absoluto, sin freno de ninguna clase, y digna de una época que elevaba á los reyes á la categoría de dioses, aunque en Egipto veamos anatematizada en ciertos tiempos la memoria de los reyes malos; porque allí el sacerdocio estaba separado del poder real, y fue influyente como en Israel.

Nada extraño era, pues, que unos tiempos tan calamitosos para el desarrollo de la ciencia produjesen el desprecio de la industria y del comercio y la decadencia de la agricultura; y así fue que en los últimos años de Grecia y Roma como en la época de la Edad media, se operó la gran trasformacion que ha producido el período actual, precursor de una era de sosiego y bienestar, en que se armonizarán la severidad y la sencillez hebreas con la vida ostentosa de los pueblos paganos que se convirtieron al cristianismo.

Tambien observamos al comenzar estos estudios económicos, que puede muy bien decirse que la economia política no existió verdaderamente como ciencia hasta principios del siglo XVII, cosa que no estrañarán verdaderamente nuestros lectores, recordando que del mismo siglo datan los adelantos de las ciencias políticas, desarrolladas, como las económicas, en el siguiente y actual, progresivamente.

Las épocas habian llevado consigo alteraciones profundas en el modo de ser de los pueblos; pero siempre se ha observado, por desgracia, que esa modificacion de existencia ha sido las mas veces perjudicial á los intereses públicos, por mas que hayan venido luego tiempos en que se adelantó el terreno perdido; observándose que la humanidad, impelida por su fuerza propia, camina dificultosamente por la senda de la vida, en la que indudablemente la precipitarian sus pasiones, si la mano de la Providencia no la sostuviera en ocasiones dadas y la hiciera triunfar de todos los obstáculos para confusion y enseñanza de los presuntuosos y de los malvados.

Por una parte, las empresas guerreras de las grandes naciones occidentales de la antigüedad, y por otra el carácter bárbaro de la mayoría de los pueblos septentrionales que se presentaron en la palestra destruido el imperio romano, hicieron que los hombres se aficionaran á las acciones heroicas y prefirieran el servicio de las armas al cultivo de las letras, las artes y las ciencias; y de aquí que solo fuese estimado, noble y digno de premio cuanto emanaba de la guerra, y vilipendiado y despreciado cuanto tenia relacion con la paz, á cuya sombra únicamente se desarrollan los elementos de la prosperidad pública; pero paz digna y dichosa, no humillante y funesta como la mayor parte de las que hoy se firman.

La nueva vida que emprendieron Grecia y Roma llamó la atencion de la clase privilegiada hácia las ocupaciones del foro y de la milicia; y entregado el cultivo á manos mercenarias, las ocupaciones agrarias se practicaron empíricamente, dando resultados exiguos que no se echaban de ver ó no producian las malas consecuencias que indudablemente se hubieran tocado, si las conquistas no hubiesen proporcionado abundantes recursos al erario. De no haber sido así, antes se habrían notado en Grecia la desigualdad de las fortunas y la mala distribucion del trabajo, que dieron lugar en Roma á las famosas leyes de los Gracos, tan combatidas por los ricos, y que al fin y al cabo produjeron su efecto, pues la doctrina en que se fundaban tenia por base la equidad y la justicia, á consecuencia de haberse acumulado la propiedad de la manera arbitraria que lo fue en tiempo de Servio y en la época del patronato patricio.

Las guerras de los triunviros y la sumision de Iberia, Galia é Italia al poder romano, que todo la avasallaba, trastornaron de tal modo la existencia de los pueblos subyugados, que fue precisa la aparicion del cristianismo para volver á la humanidad al buen camino, pues la corrupcion, la inmoralidad y la injusticia llegaron á tal punto, que la república cartaginesa sucumbió, el gran Annibal tuvo que ceder ante la ignorancia y perfidia de sus propios conciudadanos, y las exacciones llegaron á ser tan insoportables, que España é Italia alzaron sus pendones contra la opresora que las esquilaba para sostener el fausto de los magnates de la ciudad-reina. En una palabra, César para conseguir la reeleccion de cónsul tuvo que valerse de inicuas y viles intrigas; y al querer reformar la sociedad romana, fue muerto por los que se consideraban como sus mejores amigos. La ciencia antigua habia dado el resultado que podia esperarse de ella, y para la redencion del mundo era precisa la sangre de una víctima divina y pura que se ofreciera en holocausto, á fin de que á los tiempos de opresion, ignorancia, inmoralidad é injusticia, siguieran otros de libertad, ilustracion, moralidad y justicia, y concluida la ley antigua comenzara la nueva y se abriera para la humanidad una vida nueva tambien, en que entraran todas las naciones de la tierra.

La víctima se inmoló en la cima del Gólgota, y doce discipulos de aquel sublime Maestro divulgaron por el mundo la doctrina cristiana; doctrina de amor y caridad; doctrina pura y digna; doctrina en que resplandece la verdad de un Dios misericordioso y bueno que

vela por la existencia del sér mas insignificante como de la de la criatura mas elevada, reservada á la inmortalidad en la tierra y á la eternidad en el cielo, ejerciendo buenamente su razon.

Peró aquellos enviados é inspirados por el Espíritu Santo debian persuadir á una muchedumbre obcecada y embrutecida por el desenfreno y la concupiscencia, y sus conquistas materiales tardaron en realizarse mas de tres siglos; porque los emperadores Neron, Domiciano y Diocleciano, últimos representantes de la tiranía mas cruel, persiguieron de tal modo á los cristianos, que solo en tiempo de Constantino pudieron professar libremente su religion.

Desde esta época fue acrecentándose su influencia; pero ocupados sus defensores y propagadores en la aplicación ortodoxa, solo pudieron ejercer aquellos principios fraternales un influjo decidido y eficaz en la esfera económica, cuando, consolidado ya el dogma, despues de las guerras de religion se aplicó á la vida práctica de los pueblos, que le abrazaron y produjo una revolución en el derecho. En la época antigua y aun despues de la destrucción del imperio romano por los habitantes del septentrion europeo, el sistema financiero y comercial fue el que imperó; porque tratándose de acudir á las primeras necesidades del Estado, la organización del fisco y el medio de conseguir mas recursos de los productos de la industria, fueron los primeros pasos dados en el difícil camino de la investigación de la manera de fomentar la prosperidad pública.

A los escritores agrícolas cupo la suerte de ser los primeros que trataron de despejar el caos que envolvia á la ciencia económica; pero circunscribiéndose Varon, y Columela despues, á la investigación de los medios de mejorar la agricultura, se dedicaron exclusivamente á dar preceptos para perfeccionar el cultivo de la tierra y emanciparle de las perniciosas prácticas que detenián su desarrollo.

(Se continuará.)

JOSÉ LESEN Y MORENO.

## LA GENEROSA.

(ESTUDIOS DE COSTUMBRES.)

Hace dos años me encontraba accidentalmente en Madrid.

Corria el mes de agosto.

Una noche, terriblemente calorosa, una de esas noches en que se hace casi imposible la respiración, burrido del barullo que reina á todas horas en las calles de la coronada villa, me dirigí hácia el Prado.

La luna, esa casta diosa del silencio, como dicen los poetas, se pavoneaba entre grupos de nubes blancas y aporosas.

Yo, que soy tan vulgar como puede serlo un aragonés, levanté los ojos para ver si podia descubrir esa ulzura, esa candidez y hasta esa sonrisa que los vates atribuyen.

Por desgracia, y despues de un detenido exámen, me convencí, como siempre, de que su estúpida fisonomía parecida á las de ciertas viejas coquetas, no ha representado ni representará nunca mas que la insensatez y la indiferencia.

Hallábame sumido en estas reflexiones, cuando, una nube de angelitos medio desnudos, vino á sacarme de mi meditación.

Me tendian sus pequeñas manos, pidiéndome una limosna.

Metí la mia en el bolsillo de mi chaleco, con objeto de que me dejasen en paz; pero en aquel instante creí la confusión en torno mio.

—¡A mí! ¡a mí! dijeron una porción de voces infantiles; y me sentí cogido por todos lados, como si hubiese cometido algun delito.

Estuve por desmayarme, pero lo dejé para mejor ocasion.

¡No habia un solo banco desocupado!

Saqué, por fin, la codiciada moneda, y ya me disponia á entregarla al que se hallaba mas próximo, cuando distinguí, detrás de todos aquellos muchachos, á una niña que á lo mas podria tener seis años.

Se hallaba recostada en un árbol y me miraba tristemente.

A su lado, habia un niño lleno de harapos, raquítico enfermizo.

La moneda que iba á cambiar de dueño de un instante á otro, se detuvo un momento en el espacio.

Un murmullo de descontento se dejó oír á mi alrededor.

Las miradas de todos, siguiendo la dirección de la niña, se fijaron al instante en la pobre niña que habia llamado mi atención.

Era una rubia de ojos azules, lo mas bello que puede imaginarse.

Su carita, súcia por el polvo y la poca limpieza, aparecia como encerrada en un marco de cabellos de oro, respos y ensortijados en las puntas.

Los ojos eran grandes, muy grandes; la nariz correcta, y entre sus labios, despellejados por la intemperie,

aparecia, semejante á las teclas de un piano, una blanca hilera de dientes.

Por último, de su oreja izquierda, pequeña y de una forma admirable, pendia, sujeta por un hilo blanco, una voluminosa bellota.

¡Estraña coquetería que no dejó de impresionarme vivamente!

Si Delaunay, ese pintor francés, que tan bellos grupos de niños ha dejado á la posteridad, la hubiese visto, de seguro la hubiera escogido para modelo de su obra maestra.

Yo me acerqué á ella, y le entregué la moneda que, de otra manera, hubiese pasado á manos de aquellos rapazuelos.

Peró al conocer mi atención, redoblaron sus gritos, y se lanzaron en mi camino para impedirme el paso, diciendo al mismo tiempo:

—¡No le dé usted á esa, no le dé usted á esa, porque es tirar el dinero!

—¿Y por qué? pregunté al que se hallaba mas inmediato.

—¿Que por qué? me contestó; no sabe usted quién es, cuando trata de darle limosna.

—¿Quién es? repliqué entonces, temiendo haberme encontrado con alguna de esas estafas tan frecuentes en la córte.

—¿Quién ha de ser? me contestaron en coro: la Generosa.

Y rodeando á la niña, empezaron á saltar á su lado, diciendo al mismo tiempo, con ese tonillo particular que usan los chicos de los barrios bajos de Madrid:

—¡Generosa! ¡Generosa!

Despues huyeron en distintas direcciones, no sin dirigirme de vez en cuando miradas burlonas, que, no sé cómo tuve paciencia para sufrir.

Quedéme, pues, con la Generosa que, en aquel momento, acariciaba al niño que tenia á su lado.

—¿Por qué te llaman la Generosa? le dije.

—¡Por nada! me respondió con una vocecita dulce y pausada.

Habia un puesto de agua, no muy lejos del sitio donde me hallaba, y llamé á la mujer que estaba en él, para que me trajese una silla y agua con merengues.

Coloqué la primera delante de la Generosa, me senté, y le ofrecí uno de los segundos.

Peró antes de llevárselo á la boca, me dió las gracias, con una sonrisa muy espresiva, y se lo dió al niño que se hallaba junto á ella.

Este lo comió con avidez, dejando, sin embargo, un poco que ofreció á la Generosa, pero que no lo aceptó, y le obligó á que se lo comiese por completo.

—¿Por qué te llaman la Generosa? la pregunté otra vez, no cansándome de admirar aquellas facciones tan puras y delicadas.

La niña vaciló un momento: me dirigió una larga mirada, como tratando de sondear mi corazón, y pareciendo satisfecha de su exámen, me dijo lo siguiente:

—Si me da usted palabra de no reirse, se lo contaré.

—Te lo juro; le respondí, y al mismo tiempo, y con objeto de darle una prueba del interés que me inspiraba, saqué otra moneda del bolsillo y se la di.

La Generosa hizo con ella la misma operación que con el merengue; se la entregó al niño.

Encendí un cigarro, creyendo que iba á escuchar una larga narración, y esperé lleno de curiosidad.

No tuve que aguardar mucho, porque la niña, sonriéndose tristemente, me dijo estas palabras:

—Yo me llamo María, pero todo el mundo me llama generalmente como acaba usted de oír hace poco, porque dicen que tengo la mala costumbre de dar cuantas limosnas recibo.

—¿Y por qué haces eso? la dije.

—Toma, me contestó, ¡porque me dan lástima! y rodeó con su brazo el cuello del niño, que me miraba con curiosidad.

—¿De manera que ese niño?... continué.

—Es el de esta noche; me interrumpió con la mayor naturalidad.

No comprendiendo bien su respuesta, la dije:

—¿Qué quieres decir con eso de *es el de esta noche*?

—Nada, sino que esta noche le ha tocado á éste, como mañana le tocará á otro.

—¿Y todas las noches buscas á un niño, y le das todo lo que á tí te dan?

—Sí señor, como son pequeñitos, los mayores les quitan todo lo que llevan, y luego, al volver á sus casas, les pegan sus padres porque no han recogido nada.

—¿Pero ese niño y los demás que buscas otras noches, no son parientes tuyos ni conocidos siquiera?

—No, me respondió; y eso ¿qué importa? les pegan y yo no quiero que les peguen.

—¿Y á tí no te pegan si vuelves á casa sin haber recibido nada?

—¡Ay! sí, dijo, y sus rubias pestañas se humedecieron ligeramente.

—De modo que esta noche... añadí, creciendo mi asombro por momentos.

—Esta noche, respondió la Generosa, me pegarán también, pero... y miró dulcemente al niño raquítico, no le pegarán á Juan, que es mas pequeñito que yo, y

se moriria. Y sus ojos, en los que antes brillaban las lágrimas, se fijaron en Juan, tan claros y serenos como la noche. Sentí que se me oprimia el corazón, y no acertando á esplicármelo en el momento, volví á insistir en mi eterna pregunta, para ocultar á la vez mi turbación.

—¿Y por qué, á pesar de que te pegan, te muestras tan caritativa con esos niños á quienes no conoces?

La Generosa se encogió de hombros, y me contestó como la primera vez que la hice la misma pregunta:

—¡Toma, porque me dan lástima!

En un momento de entusiasmo, y sin saber lo que hacia, la abracé, imprimí en su frente un beso, la volví á dar mas dinero para que no les pegasen aquella noche á Juan ni á ella, y me alejé de aquel sitio. Peró aun no habia andado veinte pasos, cuando volví otra vez, impelido por una fuerza misteriosa y sobrenatural.

Aquella noche, lo confieso francamente, se sentaron dos personas mas á mi modesta mesa de estudiante.

Esas dos personas fueron Juan y la Generosa.

Pasaron dos meses sin que volviese á ver la preciosa niña, cuyos sentimientos me habian impresionado de tal manera.

Alguna vez que otra, su recuerdo venia á ocupar mi mente, pero desaparecia presto, para dar lugar á otros mas graves y profundos que en aquel entonces embarcaban mi ánimo.

Una tarde de otoño me hallaba parado en la calle de Sevilla.

Sentí deseos de fumar, saqué mi petaca, cogí un cigarro, y lo acerqué á mis labios.

Llevé la mano á uno de los bolsillos de mi pantalón, y adquirí la dolorosa certeza de encontrarme únicamente con el forro.

Afortunadamente, la clase de fosforeros es tan numerosa en Madrid, que no me afligió demasiado mi mala fortuna.

Busqué uno con la vista, y no muy lejos, sentada en un portal distinguí á una niña que pregonaaba la mercancía de que yo carecia en aquellos momentos.

¡Peró cuál seria mi sorpresa cuando reconoci en ella á la Generosa!

Llevaba un pequeño cajón, pendiente del cuello, y estaba mucho mas pálida que cuando la conocí.

Me acerqué á ella, y le dirigí la palabra.

Al momento me conoció, y sonriéndose alegremente, me ofreció la caja mas bonita que pudo encontrar en su pequeño almacén.

Hice una exploración en el bolsillo de mi chaleco, despues de haberla dirigido algunas frases cariñosas, y de repente, me puse aun mas pálido que ella.

La desgracia me perseguia indudablemente aquel día; habia olvidado el dinero.

Y la pequeña mano de la Generosa, continuaba entre tanto con la fatal caja entre sus dedos, y aproximándose poco á poco á los míos.

Sin saber lo que hacia, tomé la caja y saqué un fósforo, pero procuré apagar, para dar tiempo á que pasase por allí algun amigo caritativo que me socorriese en mi infortunio.

Desgraciadamente, no vi ninguno, y traté de encender otro fósforo.

El segundo tuvo la misma suerte que el primero.

Y el esperado amigo no aparecia!

—¡Qué malos fósforos tienes, Generosa! le dije para disculparme.

Los fósforos no podian ser mas excelentes.

La pobre niña no me contestó; pero me miró de una manera que no pude menos de recordarla.

Aquella mirada, que pesaba sobre mí como una maza de hierro, era la misma que habia lanzado á Juan el raquítico, la noche en que la conocí, al contestar á mis repetidas preguntas con su eterno estribillo: ¡me da lástima!

Despues, y haciendo como que no habia advertido mi turbación, ni conocido que me encontraba sin dinero, prosiguió su camino, gritando de vez en cuando con una voz dulce y armoniosa, como deben ser las de los ángeles:

—¡Papel y fósforos!

La generosidad de la Generosa me conmovió de tal modo que, sin saber lo que hacia, tomé á buen paso la calle de Alcalá, y no paré hasta encontrarme en mi cuarto.

Allí reflexioné que debia haber preguntado á la pobre niña que tan pródiga se habia mostrado conmigo, las señas de su domicilio, para recompensar debidamente su noble acción. Atormentado por esta idea, tomé el sombrero y salí.

Bien pronto me encontré en la calle de Sevilla, la recorri en todas direcciones, no quedó un rincón en las inmediatas que no escudriñase, pregunté á todos los fosforeros que hallé al paso, pero todo fue en vano: no volví á ver á la Generosa.

Un accidente imprevisto me obligó á salir de Madrid.

Terminado aquel, regresé á la córte.

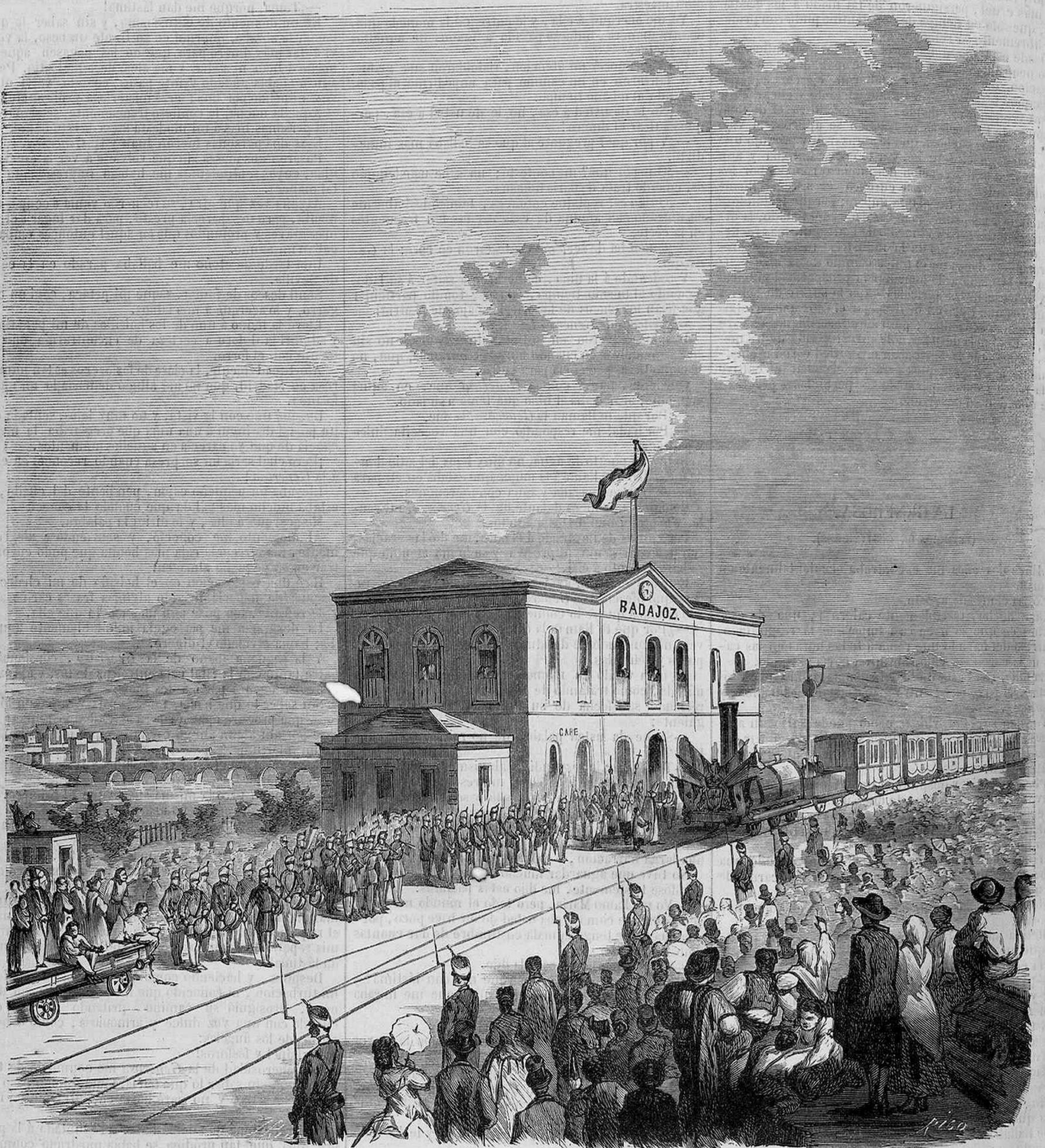
Una noche del mes de noviembre, caía el agua á jarros, como vulgarmente se dice.

Volvia del teatro, impresionado todavía por los sublimes conceptos de una de las mejores comedias de nuestro repertorio antiguo.

Al pisar el umbral de la puerta de mi casa, tropecé en un bulto informe que se movió al contacto de mi pie, y surgió ante mí como una aparición fantástica. Lancé un grito de alegría, y la estreché en mis brazos.

¡Era la *Generosa*!  
—¡Mi madre se muere! señorito, me dijo, y rompió á llorar amargamente.  
La cogí en mis brazos, y un minuto despues nos hallábamos en mi habitación.

—¡Cuánto me alegró de haberte encontrado! le dije; tengo una deuda contigo, es necesario que la satisfaga; y llevé la mano al bolsillo de mi chaleco.  
Pero la *Generosa* me tendió la suya, impidiendo que la mia llegase al punto á que se dirigia.



INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL QUE ENLAZA Á ESPAÑA Y PORTUGAL.

—¡Mi madre se muere! añadió, y su acento era mas triste que la vez primera.

—¿Dónde vive? le pregunté, sin darle lugar, apenas, para que terminara la frase.

—En la Costanilla de los Desamparados, núm. 15, cuarto quinto; me contestó.

Tomé papel y pluma, y escribí una carta para mi médico.

Mientras lo hacia, me acordé de aquel miserable niño á quien ella protegió, y que se llamaba Juan.

—¿Y Juan? le dije.

—¡Murió! repuso la *Generosa*, y el caudal de perlas que brotaba de sus azules ojos, se hizo mas copioso durante algunos momentos.

—¡Pobre Juan! exclamé al mismo tiempo que cerraba la carta.

—¡Pobre Juan! murmuró la *Generosa*, enjugándose los ojos con las manos.

Se la entregué, diciéndole la calle á donde debia encaminarse, le dí cuanto dinero llevaba en el bolsillo para que comprase las medicinas que fuesen necesarias, acerqué mis labios á aquella frente tan pura como

la de un querube, y me despedí de ella hasta el dia siguiente, prometiéndole ir á su casa y acudir con cuanto me fuese posible al alivio de sus necesidades.

La *Generosa*, sin darme las gracias, mas que con un gesto encantador, tomó mi modesta dádiva, y bajó apresuradamente la escalera.

—¡Pobre niña! dije al verla desaparecer, y cerré la puerta de mi cuarto, limpiándome una lágrima rebelde que se balanceaba temblorosa entre mis pestañas.

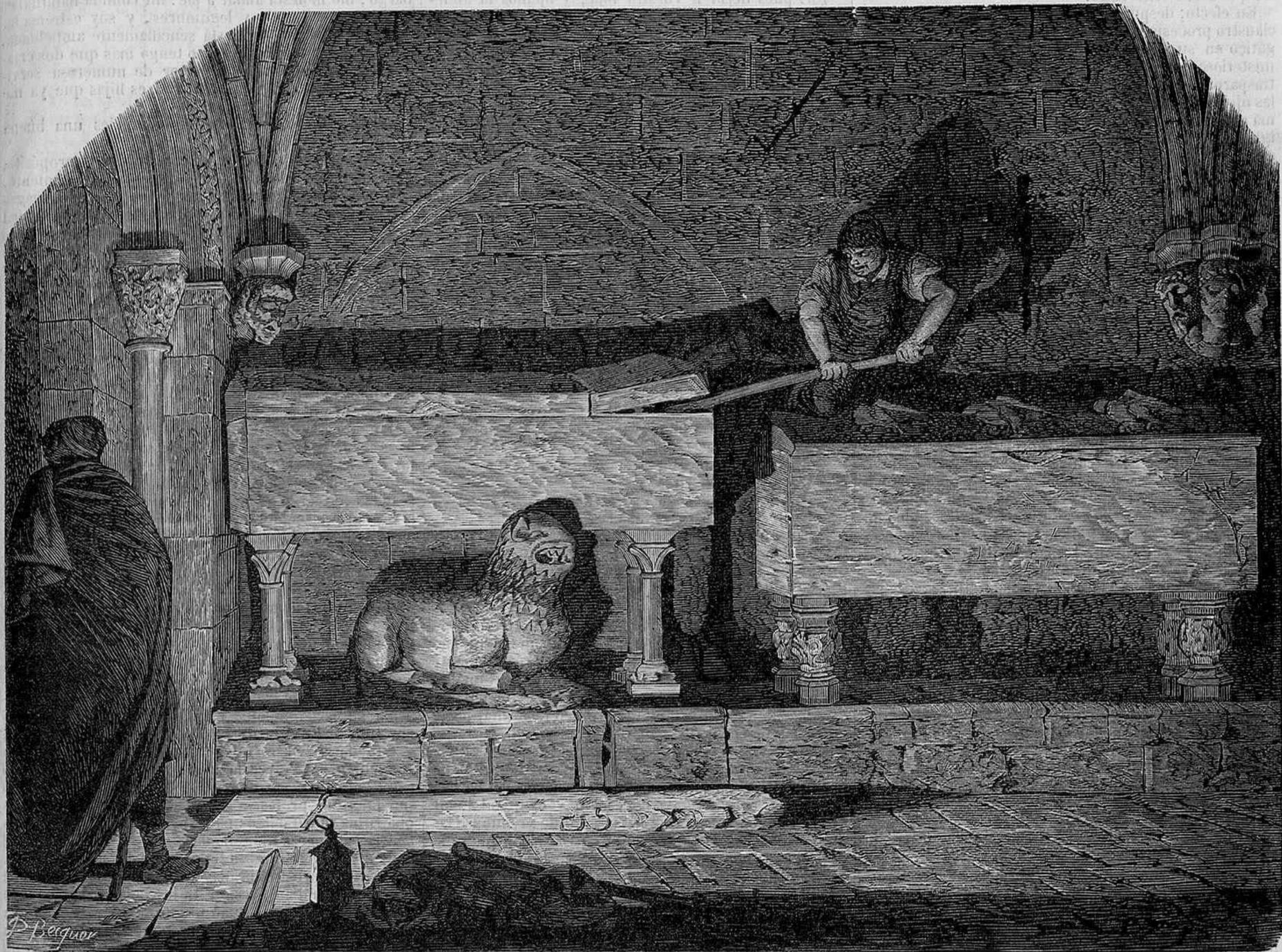
Aquella noche no pude dormir.

Los primeros rayos del sol, al penetrar en mi estan-

cia, me encontraron ya con el sombrero en la mano. Salí de casa, y me encaminé, á buen paso, á la Costanilla de los Desamparados. La tempestad de la víspera había desaparecido. Un cielo puro y sin nubes se extendía sobre mi cabeza. Conforme me iba aproximando á la casa de la *Generosa*, mi corazón se iba entristeciendo; al llegar á ella, un confuso tropel, compuesto de niños de ambos sexos, me impidió pasar adelante. —¿Qué sucede? pregunté, esperando oír la terrible nueva de la muerte de la madre de la *Generosa*. —¡Ha muerto! me respondieron dos ó tres voces infantiles.

—¡Pobre madre! repuse, y empecé á subir la empinada y vetusta escalera, que se hallaba, en su mayor parte, llena de curiosos. Al penetrar en el cuarto quinto, un ¡ay! de dolor se escapó de mis labios. Sobre una vieja mesa de pino yacía el cuerpo de una mujer. A su lado se hallaba el de una niña que, á primera vista, parecía dormida. Aquella niña era la *Generosa*. Hé aquí lo que había sucedido. La noche anterior, dejándose llevar del gran afecto caritativo que dominaba en su alma, había corrido

con tal precipitación en busca del médico que debía salvar á su madre, que tropezó en una piedra mal colocada, cayó al suelo, y se hizo una herida en la cabeza, de cuyas resultas había dejado de existir. Me incliné ante aquella mártir, y oré. Después di las órdenes necesarias para que su cuerpo y el de su madre fuesen sepultados religiosamente, y salí de aquella casa en que el dolor había sentado sus reales. Al día siguiente, cuatro niños llevaban sobre sus hombros una pequeña caja forrada de blanco. Encerraba el cadáver de la *Generosa*. Yo fui el único que la acompañó al cementerio;



MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE VERUELA.—ENTERRAMIENTOS DEL FUNDADOR Y SUS HIJOS.

acaso mi plegaria se elevó sola hasta el trono del Altísimo.

Al salir del Campo Santo, se escapó de mis labios la siguiente frase: Esta frase era la suya, era el símbolo de aquel alma angelical que acababa de abandonar su cárcel:

—¡Pobre niña, me da lástima!

CONSTANTINO GIL.

## INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL

QUE ENLAZA Á ESPAÑA Y PORTUGAL.

El suceso que mayor interés ha despertado desde el último número de *El Museo*, ha sido la inauguración de la vía-férrea que une de hoy en adelante con estrechos vínculos á dos pueblos separados por diversas preocupaciones, hijas, acaso mas que de los tiempos, de la falta casi completa de conocimiento en que uno de otro se hallaban, no obstante su vecindad inmediata. Saludemos, pues, con toda la efusión de nuestra alma este suceso, principio de una nueva vida para dos naciones que, después de largos siglos de divorcio, vuelven á encontrarse y confundirse en un abrazo de hermanos, que tan fecundo ha de ser y tanto ha de contribuir al fomento y al desarrollo de los intereses

de entrambos. Por de pronto, como dice muy bien uno de nuestros colegas, por efecto de las comunicaciones entre el puerto mas occidental de Europa y las capitales de los diferentes pueblos del viejo continente, el gran tráfico que ha de establecerse entre éstos y aquel, se verificará recorriendo irremisiblemente nuestro país desde la frontera francesa hasta la portuguesa, y al contrario. Y no es esto solo, sino que el gran comercio que Europa sostiene con las Américas ha de pagar su tributo, sin remedio, á nuestros ferro-carriles, perdiendo toda su importancia la navegacion por el Océano y el Mediterráneo, puesto que este medio de transporte tan ocasionado es á siniestros de fatales consecuencias. Por eso se establecen para viajeros y para la correspondencia de Ultramar tres expediciones directas al mes entre París y Lisboa, y vice-versa, cada una de las cuales podrá hacerse en 72 horas, pasando por España.

La prosperidad de nuestra agricultura ha de conocerse en breve tiempo, sin mas que fijarse en las facilidades que se presentarán á la salida de nuestros productos, con la apertura de los mercados portugueses. Las cuencas carboníferas de Espiel y de Belmez quedan tambien abiertas al consumo de todos los ferro-carriles de España, dejando de esta suerte de ser tributarios de Inglaterra, puesto que ni en calidad ni en baratura hay temor de que en lo sucesivo necesiten buscar alimento en el extranjero.

No hablamos de otras muchas ventajas que este acontecimiento, por todos tan deseado, proporcionará á las dos naciones hermanas. Redúcese por hoy nuestro propósito á consignarlo únicamente, así como tambien al entusiasmo con que el tren expedicionario que salió de Madrid en la noche del 22 de noviembre último fue saludado por cuantas poblaciones vieron pasar la locomotora, cuya voz formidable pregona ya la alianza de la gran familia ibera, y anuncia su grandeza futura.

En Badajoz, el consejo de administración obsequió á los ministros de España y Portugal y otros muchos funcionarios y personas distinguidas de ambos países, con un espléndido banquete, en el que reinaron la cordialidad y la animación propias de semejantes casos. En Lisboa, nuestros vecinos correspondieron al breve pero cariñoso hospedaje que habían recibido en la primera capital de Extremadura, con su cortesía y finura proverbiales.

El *MUSEO*, que en otras ocasiones ha dado á conocer muchas de las cosas dignas de admiración que encierra la bella y opulenta corte de Portugal, y que no renuncia á seguir ilustrando su texto con grabados que pongan de relieve todo lo que la naturaleza, el arte y las costumbres del vecino reino presentan mas notable, ofrece hoy en uno de ellos el solemne acto de la bendición de la vía de Badajoz á Lisboa, por el ilustrísimo obispo de la primera de las dos ciudades.

## MONASTERIO

## DE SANTA MARIA DE VERUELA.

ENTERRAMIENTOS DEL FUNDADOR Y SUS HIJOS.

Al ofrecer á nuestros suscritores algunas vistas del monasterio del Cister, célebre por su antigüedad y su magnificencia, en Aragon, donde se encuentran tantos otros edificios del mismo género, dignos del estudio y la admiracion de los inteligentes, notamos que el famoso don Pedro Atares, á quien se debe, dispuso al morir que sus restos fuesen colocados en una humilde sepultura, en el dintel de la puerta que da ingreso al templo desde el claustro.

En efecto: despues de recorrer las estensas alas del claustro procesional, severa y sencilla muestra del arte gótico en su primer periodo, bañada en la media luz misteriosa que pasa al través de las piedras blancas y transparentes, que en vez de vidrio, cubren el vano de las ojivas de la luna, y contrastando, merced á su forma especial que recuerda el género á que pertenece la iglesia, y á la ornamentacion bizantina que la engalana, con las desearnadas líneas de los pilares y los arcos apuntados que á ella conducen, se encuentra la puerta que da paso al interior del Santuario, y en el dintel, una losa ancha y oscura, sin otra figura ó inscripcion que una espada toscamente grabada en hueco. Esta losa, desgastada en parte y rota, cubre el enterramiento del poderoso principe que edificó á Santa Maria de Veruela, y fue tronco de la ilustre casa de los Borjas, tan célebre en la historia de nuestro pais y la de Italia, á donde pasaron algunos de sus descendientes.

Cerca de la sepultura de don Pedro y en una fosa cubierta con una piedra no menos sencilla y humilde, fue enterrada su esposa, nobilísima dama que edificó á sus espensas la catedral de Tarazona; y mas tarde, y á medida que fueron muriendo, sus hijos, varones famosos en las armas que peleando con don Jaime en Valencia, hicieron célebre el sobrenombre de los Borjas con que les apellidaban en el ejército, vinieron á buscar su último asilo al lado de sus progenitores y á la sombra de las santas bóvedas del templo, obra gigantesca de su familia la cual, durante siglos, habia de pregonar á las generaciones la piedad y munificencia de los que le edificaron. La lámina que damos hoy, ofrece la vista del ángulo del claustro, donde se encuentran reunidas estas antiguas sepulturas, dignas de estudio por mas de un concepto. Religiosamente conservadas durante la estancia de los monjes, guardaron intacto su sagrado depósito por espacio de muchos siglos, pero en nuestra época han sido violadas mas de una vez, esparciendo al aire las cenizas que contenian y deteriorándolas de una manera lastimosa.

## LA EDUCACION DE LAS NIÑAS

EN EN SIGLO XIX.

Uno de los vicios mas graves de que adolece la sociedad actual, es, sin duda, el de la educacion que da á las niñas, á la edad precisamente en que mas distantes debieran hallarse del conocimiento de sus costumbres.

Para haceros conocer la exactitud de esta opinion, venid conmigo cualquiera de vosotros, papás del siglo XIX, que cifrais vuestra felicidad en hacer impertinentes, grotescas y ridiculas á vuestras hijas, en quienes desarrollais, neciamente, el gérmen fecundo de la vanidad y de la envidia: venid conmigo, venturosos papás, y yo os enseñaré la verdad de una mentira de que vosotros sois autores y editores á la vez, sin atender á la responsabilidad inmensa en que incurris para con vosotros mismos, para con vuestras hijas y para con la sociedad en general. No quisiera haceros objeto de mi severidad; pero ha de ser, para que comprendais que esa sociedad viciada de que os hablo, es en gran parte obra vuestra.

Os ofrezco mi brazo.

Aceptadlo, y venid conmigo al teatro en que se representa una de vuestras comedias.

Vamos á los jardines de las Tullerías.

Ya hemos llegado.

Mirad, ¿veis en aquel *parterre* una niña de ocho á nueve años jugando á la *gallinita ciega*? Pues bien; mirad á vuestra hija dirigir una mirada furtiva á aquellos *pollos* que la contemplan: ha comprendido que la miran, y se retira de sus amigas, no sin pasar distraída por delante de aquellos á quienes llamó la atencion por sus cabellos rubios, sus blanquísimos dientes, su tez rosada, su airoso talle, su ahuecada *crinolina*, y sus pantalones bordados, que hipócritamente ocultan una pantorrilla que lucha por hacer saltar los puntos de las medias.

¿La veis? ya no quiere jugar, y fingiendo que está fatigada, se sienta al pie de aquel sáuce y vuelve

á levantarse, y sus ojos giran ardiente y lánguidamente en sus órbitas, y unas veces los dirige á los jóvenes y otras á sus compañeras, y otras á su aya, y confusa inclina la cabeza mordiendo las puntas de su pañuelo, y vá, y viene, y se arrepiente, y se sienta de nuevo, y vuelve á pasear, y llama á una de sus amigas, y enlaza en el suyo su brazo y...

Esa, es vuestra hija.

Ved aquí la verdad en la mentira, ó si mas os place, la mentira en la verdad.

¿Quién se atreverá á negarme la autenticidad de los colores tan vivos, tan espresivos y elocuentes como los que resaltan en ese cuadro, y que á pesar de vuestro celoso cuidado por la educacion de vuestra hija no habiais descubierto hasta este momento?

¿Sereis vos, venturoso papá, quien me la niegue?

¿Sí? pues dejad á vuestra hija, y fijemos la atencion en esas niñas que entran ahora en la glorieta de tilos, que tenemos á nuestra derecha.

Las niñas han entrado ya en la glorieta y pasean á la inmediacion de otras que se disponen á formar una rueda, imitando la cadena magnética.

La repentina llegada de nuevas compañeras distrae por un momento la atencion general, y ya mirándose á hurtadillas las unas, ya sonriendo las otras, y haciendo todas de cada una un riguroso exámen del traje en todos sus detalles, van á unirse ó á repelerse.

No han podido conocerse aun, y no basta aquella exigente revista personal para convencerse de que las recién llegadas son niñas *comme-il-faut*, único medio posible de llegar á un acuerdo que establezca la inteligencia entre las dos colonias; es preciso hablarse:

Oid el diálogo que provoca la mayoreita de las recién llegadas, dirigiéndose á la directora del juego:

—Señorita, ¿nos permitiríais formar parte en la rueda?

—¿En qué se ocupan vuestros papás, señorita?

—Papá no sé: mamá borda.

—¿Borda para que le paguen su trabajo?

—Yo no sé.

—¿Es rica vuestra mamá?

—Tampoco lo sé.

—¿Cuántos criados teneis?

—Dos, y el cochero.

—¿Ah! ¿con que teneis coche?

—Es necesario para venir á las Tullerías.

—Pues bien, señorita, reunámonos todas en la misma rueda.

¿No basta?

Vamos al estanque.

Tres ó cuatro niñas de seis á diez años, vestidas de seda y terciopelo, saltaban una cuerda con movimientos pretenciosos y afectados: otra niña, próximamente de la misma edad, bonita, graciosa y perfectamente vestida con un modesto traje, las miraba con envidia manifestando en su semblante el deseo de formar parte de aquel privilegiado grupo: esperaba con ansiedad encontrar ocasion de tomar una de las puntas de la cuerda, cuando la que á la sazón saltaba, toca aquella con los pies y por la ley del juego le correspondia birlarla: aprovecha aquella la ocasion y ocupa el lugar que correspondia á la que habia perdido: reúnen las otras, y despues de conferenciar en voz baja, quitan la cuerda á la pobre niña que, creyendo esto una galantería, se dispone á entrar en juego; pero en aquel momento la cuerda se para, repitiendo esta grosera manifestacion cuantas veces aquella infeliz criatura pretende saltar; y no fue esto suficiente á mortificarla, pues una de aquellas pécoras la avergonzó públicamente, diciéndole:

—Señorita, nosotras no jugamos con niñas que no visten traje de seda.

Decidme, respetable papá, si el paseo os ha sido provechoso.

Ya conoceis el anverso, debo presentaros el reverso.

Habeis visto el mal, preciso es que os muestre la correccion.

Oid.

Hace algunos años vivia en mi vecindad un sugeto reconocidamente original y escéntrico, que se habia dedicado con particular esmero á educar á sus tres hijas: era persona pudiente, segun la opinion pública, y sin embargo, sus hijas vestian con decencia, pero no con lujo: trajes de percal ó de terliz en verano, de lana en invierno y uno de seda para las grandes solemnidades, en todas las estaciones, constituian toda la *toilette* de las hijas de mi vecino, que no necesitaban modistas, pues ellas mismas cortaban y cosian sus vestidos. Las costumbres de esta familia eran simples y confortables; pero por ningun estilo suntuosas: no tenian carruajes: la mesa era servida con decencia, y los alimentos nutritivos, sanos y suficientemente abundantes sin exceso. Algunas personas habian declarado avaro á mi buen vecino y yo creí siempre injusta esta calificacion, porque le habia visto generoso, pues jamás llamó la desgracia y el infortunio á la puerta de su casa sin llevar un eficaz lenitivo á sus dolores.

En ocasion que yo corria un guante entre mis amigos para salvar de la miseria á una desconsolada familia de pescadores á quienes las embravecidas olas del

Mediterráneo habian arrebatado su barquilla, fui sorprendido agradablemente al recibir de este raro personaje la mitad de la suma que me habia propuesto reunir entre doce ó quince personas.

Dominado por una grata emocion al ver casi realizado mi caritativo proyecto, no me fue posible evitar que mi semblante espresara la satisfaccion que experimentaba.

Mi vecino, con admirable penetracion, exclamó:

—Comprendo vuestra sorpresa, os han dicho que yo era avaro.

No sabiendo qué contestar, balbuceé dificilmente algunas palabras con que queria escusarme; pero sin atenderme, añadió:

—Espero que vuestra sorpresa será mayor: escuchadme: ya sabeis que no tengo carruaje, y sin embargo, me molesta andar á pie: mi comida habitual es una sopa, un asado y legumbres, y soy estremadamente gloton: mi casa está sencillamente amueblada, y tengo pasion por el lujo: no tengo mas que dos criados, y me complaceria disponer de numerosa servidumbre; pero amigo mio, tengo tres hijas que ya me piden marido.

—¿Ah! comprendo: ¿quereis reunirles una buena dote?

—No, ciertamente no es ese mi único propósito, pues sin que esa idea deje de ocupar mi pensamiento, el proyecto de un gran fin moral es al que consagro mis desvelos. Mi fortuna me produce una renta anual de 12,000 duros: suponed que este dinero le empleo en proporcionar á mi familia todas las comodidades consiguientes, y convendreis conmigo en que cada una de mis hijas se habrá educado en el lujo de 10,000 duros de renta; pues los criados, los carruajes y el mobiliario, sirven en familia, igualmente para una persona que para cinco.

Suponed que caso mis tres hijas en un dia y entonceis ¿qué será de mí? ¿qué de mi esposa? nos veremos obligados á dividir nuestro patrimonio entre las tres niñas, y ni ellas ni nosotros podriamos habituarnos fácilmente á la nueva vida que esto nos ofreciera, pues ni el tren, ni las comodidades, ni el lujo, ni el bienestar anterior nos harian soportar con resignacion la triste realidad presente, comparándola á la halagüeña realidad pasada. Yo, mi buen amigo, no quiero fiar á la suerte la eleccion de mis yernos, pues no los aceptaré ni viejos, ni feos, ni imbéciles, ni malos, porque cuido de hacer á mis hijas buenas y honradas. Un joven con 50,000 duros no se unirá á una mujer cuya fortuna sea inferior: puede acontecer que mis yernos sean muchachos honrados, empezando una profesion liberal sin otros recursos que su talento y su probidad, ó que con estas circunstancias posean un patrimonio de 25,000 duros, en cuyo caso podrian elevarse ambos capitales, á 1.000.000 de reales: mis hijas, con la dote cada una de 40 á 50,000 duros, tendrian respectivamente, capitalizado este dinero al 5 por 100, una renta de 2,000 á 2,500 duros anuales, y esto daría por resultado un matrimonio de mutua conveniencia. Volved la hoja, y suponed un marido con profesion y sin dinero, ó en sentido inverso, ó sin dinero ni profesion, y os dará por consecuencia una ruina inevitable ó una transicion violenta á que no podria habituarse ninguno de los dos; y sabe Dios el magnífico regalo que yo hubiera hecho á mis yernos, si mis hijas, acostumbradas á la posicion de mi actual renta, descendian á vestir trajes de percal, cuando constantemente los habian usado de seda. Esta es la razon por qué someto mis necesidades á la renta de 45,000 reales al año, constituyendo con el resto un nuevo capital que me proporcionará indudablemente el resultado que me he propuesto, de que mis hijas, al casarse, tengan asegurado su porvenir con iguales comodidades que las que hoy disfrutan; y si sus maridos tienen una fortuna para mejorar su condicion, apreciarán mucho mas su nuevo estado, en el que se considerarán en mas elevada posicion social y financiera, querrán mas á sus maridos y serán mas felices. Este es mi proyecto, muy distante del de otros padres que, dilapidando su fortuna en unos cuantos años, acostumbran á sus hijas á un ajuje que, aun sacrificando el bienestar de su vejez, dificilmente podrian proporcionarles al tomar estado la tercera parte de aquella, y mayor que estos es el número de los que, con destinos lucrativos ó profesiones productivas, ó con industrias fecundas en grandes rendimientos, derrochan cuanto ganan, sin poder legar á sus hijas dotes bastantes á salvarlas de una situacion precaria, condenándolas á vestir imágenes, como vulgarmente se dice.

Os lo repito, amigo mio: yo tengo pasion por el lujo: tengo todas las buenas disposiciones imaginables para ser un excelente gastrónomo, y á pesar de esto, soy tan virtuoso como mi mujer para soportar con resignacion las privaciones que hemos decidido imponernos, con el fin de atender á la felicidad futura de nuestras hijas y de nuestros yernos. Yo satisfago periódicamente mis vicios: soy miembro de un casino en que hay espléndidos salones, y en el que como una ó dos veces por semana. Cuando haya casado á mis hijas, seremos ricos, y entonces compraré un coche, tendré un buen cocinero, y cuando nuestras hijas vengan á visitarnos disfrutarán de estas comodidades, cuyas costumbres ig-

noran, y entonces sus visitas serán verdaderas fiestas de familia para ellas y para nosotros.

Hago punto en el relato de mi escéntrico vecino, os saludo afectuosamente, papá *comme-il-faut* en el siglo XIX, y os lego este consejo:  
Reflexionad. A. K.

## EL NIÑO HUERFANO.

IMITACION DEL INGLÉS.

Yo soy un niño huérfano; en la tierra nadie alivia mi bárbaro dolor; ni amor materno, ni paterno amparo consuelan mi afligido corazón. Como pan de limosna; el frío suelo duro lecho me da para dormir, y cuando la hora de los besos llega, no hay besos ¡ay! ¡no hay besos para mí!

Yo recuerdo á mi padre; yo recuerdo de mi madre la angélica bondad, que el llanto leve de la tierna infancia sabía en risa y en placer trocar. Llena de amor, en sus amantes brazos de caricias colmábame sin fin, y si en mi faz sus labios se posaban ¡qué dulce era su beso para mí!

Pero ¡ay! la guerra destructura un día vino como deshecha tempestad, redoblaban tambores y á rebato tocaba la campana del lugar. Aquel vibrante són estremecía con agrado mi espíritu infantil... y aquel vibrante són me arrebatava los besos tan queridos para mí.

Rojo vestido púsose mi padre y reluciente espada se ciñó; sobre su férreo casco se mecían gallardas plumas en flotante airon. Al ver ondeantes plumas y guerreros, sentí mi jóven corazón latir; ¡ay! guerreros y plumas me robaban los besos tan queridos para mí.

Mi madre llora; ¡pobre madre mia! mi padre monta indómito corcel; al ver el llanto triste de mi madre, sentí mi corazón desfallecer. En confuso tropel se amontonaron ginetes y peones, mil y mil, ¡van á marchar!... ¡mi padre me da un beso! ¡qué triste fue aquel beso para mí!...

Parte á galope; aléjase.—¡Ya es tarde! ¿no ha vuelto padre?—No.—¿Volverá?—No.—No me agrada la guerra; yo creía que era solo campanas y tambor. Mi madre por la noche gime y llora, ya no hay cuentos alegres al dormir, y si en mi faz sus labios se fijaban ¡tristes eran sus besos para mí!

¡Victoria! gritan; la campana suena, ¡victoria, sí, mi padre vuela ya! en hombros sus amigos le trajeron... envuelto en un sudario funeral. ¡Oh qué horroroso grito! ¡pobre madre! Abrazóme convulsa, yo sentí que un ósculo abrasaba mi megilla... ¡Qué horrible fue aquel beso para mí!

Y ya solo otra vez sentí sus labios herida por el hierro del dolor; al exhalar el último suspiro, un beso... un beso... ¡el último! me dió. «¡Hijo mio! ¡hijo mio! me decía, ¡abrázame otra vez! ¡voy á morir!» Y clavando sus labios en mi frente... ¡Qué horrible fue aquel beso para mí!

Sí, soy un niño huérfano; en la tierra nadie alivia mi bárbaro dolor; ni amor materno, ni materno halago consuelan mi afligido corazón. Como pan de limosna; el frío suelo duro lecho me dá para dormir, y cuando la hora de los besos llega no hay besos ¡ay! ¡no hay besos para mí!

Yo bajaré á la tumba de mi madre, de la noche en la triste oscuridad; levantaré la losa que la cubre, y envuelto en su mortaja funeral, cubierto por los lúgubres cipreses, ¡tanto la llamaré, que me ha de oír! Yo deseo otra vez besar sus labios, sus labios tan queridos para mí.

FRANCISCO LUIS DE REFES.

La *Revista de telégrafos* consigna las diferencias de sistema empleadas por la compañía trasatlántica.

La compañía trasatlántica no emplea las pilas, como se usan en todas las líneas del continente: la corriente eléctrica no recorre el cable, porque la longitud de este es tal que sería necesario para recorrerlo de un extremo á otro una corriente intensísima que destruiría rápidamente el hilo, como ya sucedió con el cable de 1858.

El cable trasatlántico está *aislado* en sus dos extremos, el hilo no comunica por ninguna parte con tierra. Para producir las señales, se aproxima al cable un cuerpo cargado de electricidad, una especie de electróforo particular. Al mismo tiempo que los conductores de la máquina eléctrica, aislados sobre sus pies de cristal, el cable se electriza instantáneamente y en toda su longitud *por influencia*, y ejerce su acción en el extremo opuesto, también por influencia, sobre un sencillo aparato de aguja, sumamente sensible, que representa el papel de un electróscopo.

Se evita así, con la supresión de la pila, que se produzcan corrientes parásitas que hubieran hecho casi imposible toda comunicación, por las tormentas artificiales (tormentas magnéticas se entiende) á que hubieran dado lugar.

Es asunto de frecuentes discusiones críticas entre los aficionados á los estudios históricos, la significación de los cerdos de piedra que suele haber en algunos palacios y aun en fincas rurales de personajes linajudos. Sostienen algunos, con arreglo á opinion muy admitida, que eran signo de castigo impuesto por algun rey á ciertos grandes; opinan otros, que los tales cerdos de piedra debían ser mas bien signos de limpia ejecutoria y perenne y público testimonio de un abuelo cristiano viejo, sin mezcla de sangre judía, cuya raza tan tradicional ódio conserva á la carne de cerdo.

El progreso de la industria americana no conoce límites. Mr. Jey Aspic, de Cincinnati, ha inventado un caballo mecánico que, segun dicen, es una maravilla destinada á destronar á todos los demás caballos corredores de carne y hueso. El caballo mecánico es de tamaño natural, movido por diferentes resortes que le hacen marchar al paso, trotar y galopar. Otro resorte particular le permite echarse á nado y vadear los rios mas caudalosos. Pero hasta ahora tiene un inconveniente, que es el precio, pues el modelo, que ya está en camino para la Exposición de París, dice su inventor que le ha costado unos 9,700 duros. En cambio, el caballo de Mr. Aspic, ofrece la ventaja de no necesitar ni pienso, ni mozo, ni veterinario, ni picador, que le quite los resabios. En una palabra, es una invención utilísima bajo todos puntos de vista.

## HISTORIA DE UN AMOR DESGRACIADO.

(CONTINUACION.)

Federico se quejó del capricho del marqués; pero el amigo le defendió, quejándose luego del retraimiento en que vivía, en unos tiempos en que la patria y la libertad necesitaban de todos los hombres de alma y talento.—«Tienes razon, dijo con fina ironía el industrial; porque si yo me retraigo, la libertad y la patria están perdidas.»

A la hora de costumbre fué, siendo recibido con la misma complacencia que en la primera visita. En la tertulia no ocurrió cosa particular. En el baile, Federico, por modestia, se abstuvo de elegir á la señorita; pero el marqués, que lo notó, fué á reñirle y le obligó á sacarla á bailar. Entonces el jóven, ya en baile, le dijo á ella:—«Su papá de usted se empeña en que he de aburrirla.» Ella protestó afirmándole que no; mas lo dijo de un modo, que Federico conoció que lo mismo le daba bailar con él que con cualquier otro.—«Me parece, pensó entonces, que el mismo efecto que el'a me hace á mí, le hago yo á ella.»

El marqués, al despedirse, le dijo que ya no le obligaría á volver, pues le tenia por tan discreto, que conociendo lo mucho que le honraban sus visitas no las escasearía, sino que las repetiría, por poco que pudiese, cada día. Federico respondió con vaguedad y se marchó, decidido á no volver á la casa. Cuando el padre y la hija estuvieron solos, aquel dijo á ésta:—«Federico me gusta mas cada día. Lástima de muchacho que tenga tan malas ideas. ¿No te parece á tí lo mismo?»—Ella inclinó con indiferencia la cabeza.—«Yo no sé, continuó él, cómo nadie se ha apercibido aquí de lo que vale ese chico, que si algun día quiere, será diputado y un orador de gran mérito.» Entonces Isabel miró á su padre, sorprendida de lo que acababa de oírle, temiendo que estuviese burlándose del jóven. Pero su padre estaba tan serio y grave, que añadió:—«Encuestiones de Hacienda, da vuelta y media á mas de un ministro que yo sé. ¡Lástima de muchacho, lástima, lástima! ¡Cuántos talentos se pierden en el mundo!» Tal fue el resultado de la segunda visita.

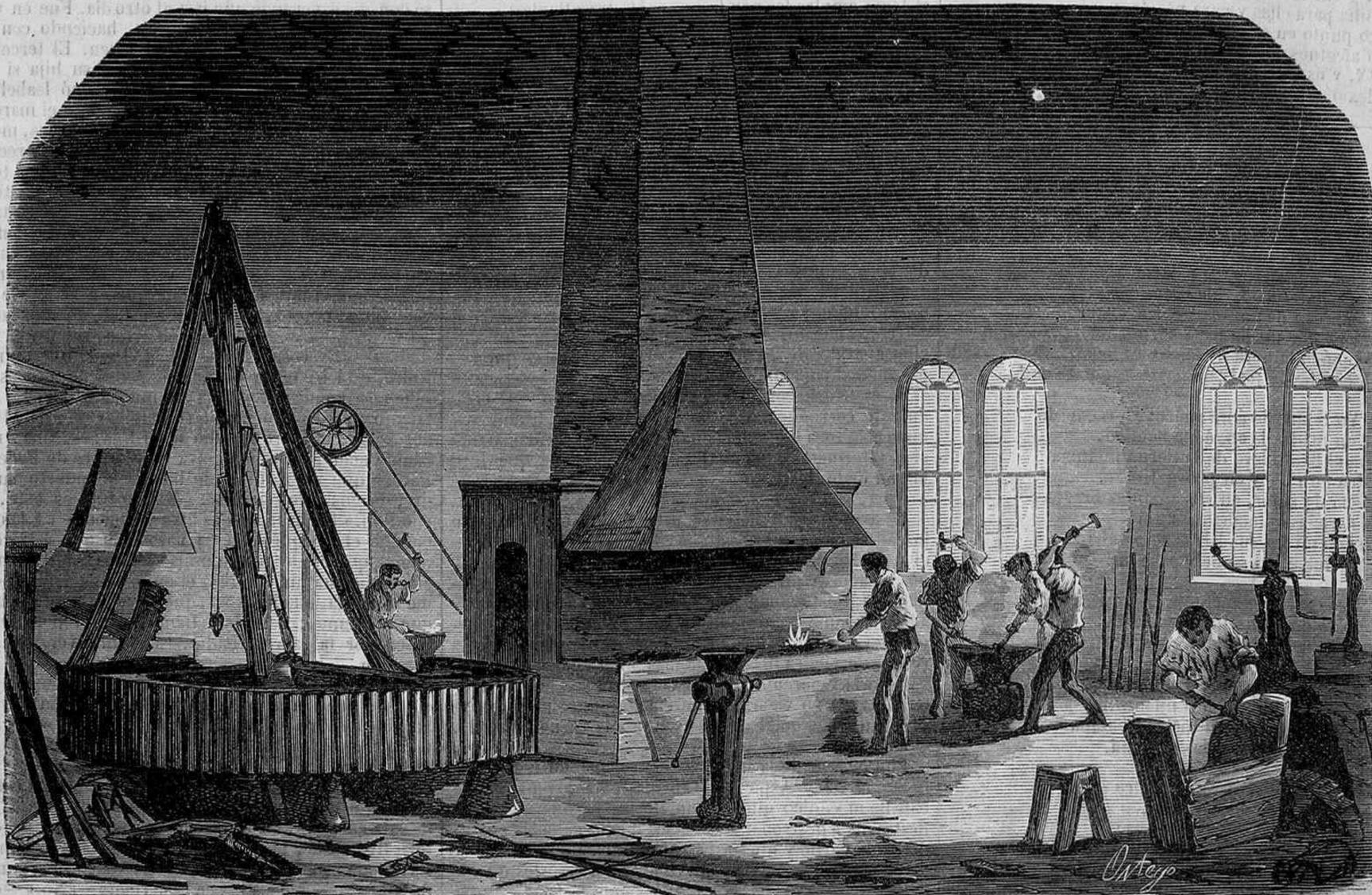
Al día siguiente esperaba el marqués que volviese; pero como Federico tenia la intención que sabemos, no

fué. El padre se quejó de aquella esquivéz á la hija, y se consoló esperando que iria al otro día. Fue en vano. El marqués se quejó todavía mas, haciendo con esta ocasion los mayores elogios del jóven. El tercer día tampoco le vió. Entonces preguntó á su hija si tenia alguna queja de ella.—«¿De mí?» exclamó Isabel sorprendida.—«Pues yo no lo comprendo, dijo el marqués. Tres dias sin venir, á pesar de mis atenciones, me parece grave. Ello ha de ser que tú le habrás recibido friamente.»—«Como á todos, papá.»—«¡Como á todos, como á todos! con Federico no basta. Anímate un poco, chica. Tengo malas noticias de la córte. Estamos abocados á un pronunciamiento, y temo que con este motivo la ciudad se me escape. A ver si hoy vuelve. Esperemos.» Tampoco fué. Impaciente, preguntó á una de sus visitas si estaba enfermo, á lo que le respondió que no.—«¿Lo pregunta usted, añadió, porque no viene?»—«No deja de estrañarme, repuso el marqués.»—«Es cosa natural en él. Desde que murió su padre, está bastante cambiado. Antes no era así.»—«Bien se conoce. ¡Lástima de muchacho! Tiene tanto talento...»—«Ya lo creo, respondió el otro.» Al quedar solos, el marqués dijo á su hija:—«Niña, no sé cómo hacer para que vuelva ese diantre de Federico. Parece que de resultas de habersele muerto su padre, no gusta de reuniones. Mucho luto es este, mucho luto.» La jóven apenas hizo atencion.—«A la cuenta, dijo el marqués, le ha pasado lo que á tí con tu mamá, que desde que se murió no has sido buena muchacha.» Una nube cubrió el corazón de Isabel.—«No me disgusta, añadió el marqués, que se sienta lo bueno que perdemos; pero hay tiempo para todo.» Dió un paseo por la sala y añadió:—«En fin, veremos, veremos.»

Al día siguiente, recibió la visita del gobernador de la ciudad, que iba á comunicarle un despacho del de la provincia sobre la probabilidad de próximos y graves trastornos. El ministerio pendía de la actitud que tomase Cataluña. Barcelona estaba dividida, pero si las demás ciudades no secundaban el movimiento, el ministerio esperaba dominarlo.—«¿Qué le parece á usted de la gente de ahí? preguntó el gobernador.»—«Está bien dispuesta, pero temo el pueblo.»—«Yo tambien. La milicia está inquieta.»—«¿Sabe usted, preguntó el marqués, qué piensa hacer Federico?»—«No.»—«Esto es de buen augurio, porque cuando usted no lo sabe, nó habrá dado señales de vida. Voy á llamarle. Ya nos veremos luego.»—«Le ruego á usted, dijo el gobernador, que dé una vuelta por la casa del Ayuntamiento.»—El gobernador salió, y el marqués escribió á Federico suplicándole pasase luego por su casa para un asunto urgentísimo. Entre tanto, se vistió de prisa y salió para las Casas consistoriales, encargando á su hija que si Federico venia antes que él, le hiciese aguardar y le entretuviese.

El jóven recibió con sorpresa la carta, y cambiando apresuradamente de traje, se presentó en casa del marqués. Como todavía no estaba, le recibió Isabel.—«Mi papá le suplica á usted, dijo, que le aguarde un momento.»—«No tengo dificultad, contestó el jóven. Si estaba usted ocupada, añadió, siga usted, sin ningun cumplido.»—«Mil gracias, dijo ella; estaba desocupada.»—Hubo un momento de silencio. La conversacion iba á caer por falta de interés de parte de los jóvenes, cuando ella acordándose de la estimacion en que su padre tenia á Federico, de la desgracia de éste y de su finura, pudo dominarse y dijo:—«Mi padre estaba en inquietud por usted, á causa de no haberle visto estos dias.»—El jóven iba á excusarse con sus ocupaciones, pero ella no le dió lugar, añadiendo:—«Ya nos dijeron que usted, desde la muerte de su padre, tenia poca afición á las diversiones.»—Conocióse que el corazón de Federico se oprimia.—«Lo creo, añadió Isabel. Yo tambien, desde que perdí á mi madre, estoy desconocida. ¿Era jóven todavía su papá de usted? añadió.»—El tema era bueno y Federico, escitado, divagó admirablemente sobre él, sin saber lo que hacia. Como tardase el marqués, tuvo lugar de estenderse, mostrándose elocuente en varias ocasiones, y llorando y haciendo llorar á la jóven. Contó su vida, sus estudios, sus viajes; declaró sus ilusiones, sus esperanzas; habló de la felicidad que esperaba, del porvenir que habia entrevisto. Luego pintó el efecto que le habia causado la muerte de su padre; la tristeza en que vivia, el dolor que le daban los movimientos políticos del pais; el misterioso abatimiento en que vivia, á pesar de su juventud y de la ocasion que le ofrecian las circunstancias para que usase de su poder y persona.

Isabel estaba embelesada. Las palabras del jóven eran tan profundas, tan tierno su acento, tan intenso su sentimiento, tan natural, tan vivo su lenguaje, que la dominaban y removian. Clavados los ojos en los suyos, un poco abierta la boca, cruzadas las manos, le escuchaba presa de un verdadero estupor. Allí veía una gran voluntad, allí un gran corazón, allí una gran desgracia. Aquel hombre le parecia diferente del que habia visto otras veces en su casa. Su fisonomía le hablaba, sus gestos la interesaban. Entonces influyendo el recuerdo de las palabras que respecto de él dijera su padre, reconoció que de cuantos hombres habia conocido ninguno era tan bello, ninguno tan ilustrado, ninguno tan sensible, ninguno tan desgraciado. Se sintió



MADRID.—FÁBRICA DE LA MONEDA.—FRAGUAS DONDE SE FORJAN LOS METALES.

presa del mayor respeto, y durante un momento, cuando él hubo concluido, guardó profundo silencio. Luego, enjugándose los ojos, quiso explicar su emoción. Contó la muerte de su madre, su carácter, sus prendas, el dolor que la había causado, los efectos de haber pasado á provincias; en fin, sin saber lo que se hacía, abrió su corazón al joven, lloró á su vista, y hubo un momento en que no pudiendo contenerse prorumpió en un llanto tan grande, que, conmovido Federico, tornó á llorar. Así estuvieron un rato. Volvió ella en su acuerdo, se dominó, algo avergonzada, y al ver al joven tan conmovido, le dió gracias por las simpatías que mostraba. Federico procuró entonces distraerla, dando un nuevo giro á la conversacion, con lo cual, sin saberlo, acabó de agradar á la joven, mostrándole aquella faz agradable de su talento que ya le había enseñado el día en que la habló por vez primera.

En esto, volvió el marqués y entró donde estaba el industrial. Isabel los dejó solos. Conversaron, y al separarse, el marqués fué á buscar muy complacido á su hija y le dijo:—«Hemos ganado. Federico no está por el pronunciamiento y la ciudad será neutral. ¡Oh! Es un muchacho de gran mérito.»—Isabel, oyendo este elogio, tuvo un gozo tan grande como nunca y aun estuvo á punto de llorar de alegría.

## V.

Ese incidente anudó mejor que todos los esfuerzos personales las relaciones del marqués y Federico; porque obligado éste por la cortesía del aristócrata, ya no pudo excusarse de frecuentar su casa; y atraído por las simpatías de Isabel, la frecuentó con gusto.

No piense el lector que de resultados de aquella manifestacion los jóvenes se quisiesen. Esto que pasa en las obras de los malos novelistas y en las comedias de la mayor parte de autores de hoy, no pasa nunca en la naturaleza, y por consiguiente, tampoco pasó en la historia que cuento. El resultado de aquella manifestacion había sido demostrar á Isabel, que Federico era un joven muy simpático y desgraciado, y á éste que aquella tenía un noble corazón y no era feliz. Por lo demás, el industrial, atareado con sus obligaciones y los negocios públicos, se acordaba muy poco de la joven, la cual, distraída con los quehaceres domésticos, los libros y la correspondencia, no pensaba mucho mas en él. Pero á la hora de tertulia, Federico iba con gusto á su casa; y ella al verle, se alegraba de una manera particular. El joven, despues de hablar con su padre y otros, de los asuntos del día, se sentaba á su lado, y á veces pasaba una hora entera conversando en un aparte, que sin saber cómo, ellos mismos se hacían, obligando á que

los demás lo respetasen. Entonces, hablaban de las cosas que estaban relacionadas con su corazón; del placer recibido con tal lectura, del buen efecto de tal música nueva, de la carta de una persona amiga que habían recibido, del paseo que se había dado. Entonces, se hallaban misteriosas y sorprendentes relaciones entre una determinada noticia y otro determinado recuerdo del pasado; retrocedía el entendimiento, entristecíase el corazón, y el relato venía cubierto de una melancolía que le daba gracia é interés irresistibles. Casi siempre las conversaciones acababan con estos tristes recuerdos, y como inmediatamente empezaba el baile, y Federico era el primero en bailar con ella, la música y las figuras coreográficas acababan de aumentar el sentimentalismo de los jóvenes, que daban vueltas por el salón, presa el alma de placer y dolor. Fijó su entendimiento en el pasado, quedaban sumidos en una viva tristeza: tantas alegrías que ya no se gozaban; tantas ilusiones que ya no se tenían, tantas esperanzas que ya se habían secado, alestargaban poderosamente su espíritu; pero la necesidad de poner atención en los movimientos del cuerpo, los acordes expansivos de la música, la alegría que reinaba en derredor, la armonía entre el corazón de los dos jóvenes, haciéndoles percibir la delicia musical y coreográfica, entreveraban su tristeza de goce. Entonces guardaban silencio, movíanse como por máquina, tenían los ojos como concentrados en sí mismos, suspiraban alguna vez, y si se miraban, al instante el uno apartaba la vista del otro. Al separarse, dábanse la mano y con un *hasta mañana* se citaban para el día siguiente.

Así pasaron algunos meses. Federico no faltó un solo día á las tertulias del marqués; y la marquesita no dejó un solo día de conversar aparte con él. Notaron algunos esta intimidad; pero les parecía tan absurdo un amor entre los dos jóvenes, que no tuvieron ninguna sospecha. También el marqués lo observó, no llegando á creer en el completo desinterés de aquellas relaciones, hasta que se convenció de que se reducían á hablar del pasado y de las ocupaciones frívolas del día. Solo algunas muchachas notaron con celos que Federico conversaba mas gustoso con la hija del marqués que con ninguna otra mujer, por bonita que fuese. Pero esta maliciosa observacion no era suscitada por la menor fe en que los dos jóvenes se quisiesen, ni por ninguna sospecha de ello.

Contribuía á este efecto la misma inocencia de los interesados, pues estaban tan lejos de creer que sus relaciones tuviesen un fondo amoroso ó pudiese creerse que lo tenían, que nunca hablaron de amor, ni llegaron quizá á pronunciar la palabra. Se miraban como amigos, se estimaban uno á otro, se deseaban mutuamente una

felicidad completa; pero ni la imagen del uno se grababa en el corazón del otro, ni su recuerdo turbaba sus sueños, ni sufrían por no verse con mas frecuencia. Lo que pasaba era que, á efectos de aquellas conversaciones, ambos vivían sumidos en una continua tristeza y que en el sueño se representasen los objetos de que acostumbraban ocuparse.

(Se continuará.)

## SOLUCION DEL GEROLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Un escritor de fama hace de una resma de papel su fortuna.



## ADVERTENCIA.

Desde el día 9 del presente mes se hallarán espuestos al público en la librería de los editores de *El Museo Universal*, calle del Príncipe, núm. 4, dos cuadros pintados al óleo, originales del distinguido artista don Martín Rico, representando uno de ellos la vista del monasterio del Escorial, y el otro un país.

Aunque teníamos ofrecido á nuestros suscritores regalarles sólo uno, creemos que apreciarán en lo que vale este obsequio mas; pues, aparte su mérito artístico, estos dos cuadros pueden servir, por su igual tamaño, para adorno de un gabinete ó de una sala. Muy pronto remitiremos los billetes correspondientes para la rifa.

El prospecto de *El Museo* para el año próximo, se está imprimiendo, y en él observará el público las mejoras que, en todos sentidos, se introducen en esta publicación.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSÉ GASPAR.  
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.